

NUESTROS PECADOS DE OMISION *

José CORTS GRAU

Con sólo una mediana autenticidad, una decente fidelidad a la conciencia, cualquier tema que abordemos dejará al descubierto toda la problemática que uno lleva a cuestas. Entre otras razones, porque no es fácil, al escribir, desentenderse de sí mismo. Y más difícil todavía entre nosotros. Entre nosotros no hay artículo que valga: vale el diálogo, los fragmentos de ese diálogo iniciado hace tiempo y mantenido cada día a más alta tensión. Que Dios nos la aumente.

Por favor, de momento nos abstendremos de recetarle a la Universidad. Todo bicho viviente se cree en el caso de emitir su diagnóstico y su pronóstico, y la Universidad va convirtiéndose en un recinto sitiado, con todas las incidencias del «sitio»: halagos, reproches, dádivas, desdenes, asaltos, brechas, tedios, deserciones, virtudes que a veces resultan excéntricas, heroísmos que algunos juzgan estériles... Quizá es hora de pensar lo que debemos ser nosotros, lo que queremos, lo que podemos ser, no cuando llegue esa Universidad perfecta que muchos aguardan como un arca de salvación, donde nos lo van a resolver todo por arte de encantamiento, todo, hasta las ganas de trabajar, sino lo que nos toca ser hoy, en esta zarandeada Universidad que somos nosotros.

Vivimos porque esperamos, y esperamos porque creemos y amamos, a sabiendas de que un ideal no es una utopía. ¿Por qué no probamos a andar ya así, de una vez, por este mundo nuestro? No con ideas en bastardilla ni con una convicción reseca, ni con vagos ensueños de aleteo enjaulado, sino con ideales vivos, entrañables, que no te dejen ni a sol ni a sombra, que te inmunicen contra las tentaciones de fuera, que te hagan sentir lo que hay de infidelidad en cualquier distracción, que acusen de continuo los choques con la mediocridad ajena y con la propia, con nuestra confortable mediocridad.

Pese a tantos defectos, a tantos peros, todavía somos nosotros los llamados a consagrar la primacía de los valores espirituales sobre los materiales, no en el plano teórico, sino como profesión de una verdad; no en virtud de una construcción filosófica o de un anhelo estético, sino del deber de perfección. Todavía somos nosotros los llamados a profesar un estilo de comunidad donde ayudarnos mutuamente, con implacable caridad, a mantener el alma en vilo. Ninguno nos repudiamos por lo que anhelamos y no puede ser, sino por lo que, pudiendo ser, queda escamoteado o malogrado. Y de momento, hay muchas cosas que siguen estando en nuestra mano sin necesidad de innovaciones legales u oficiales, de reformas llovidas por decreto. Nos han resuelto bastantes problemas que afectan a nuestro mundo. Pero nadie va a resolvernlos el de nosotros mismos.

El gran problema nuestro es que la Universidad, proyectada para minorías, está funcionando con masas. No aludo sólo a ese proletariado intelectual que la Universidad incuba a pesar suyo, sino a típicos fenómenos de masa que, independientemente de una matrícula desahogada, se registran en nuestros claustros. Nada más antiuniversitario, por ejemplo, que esta impotencia, que

* Revista *Alcalá*, 1952.

esta complicidad nuestra—por benevolencias facilonas, por falso compañerismo—con el parasitismo escolar o con el parasitismo de quienes se sirven de la cátedra en vez de servirla.

¿Somos capaces de fomentar un núcleo efectivo de maestros y discípulos prestos a mantener infranqueable el abismo entre el hombre de estudio y el mero aficionado, entre la auténtica vocación universitaria y esa plaga de afanes y arrivismos y codicias y menudas politiquerías con que sistemáticamente se ve asediada la Universidad? ¿Lograremos que la sabiduría deje de ser una carrera de obstáculos para tornar a lo que fue en un principio, puro gozo humano? ¿Será posible que la Universidad, es decir, que nosotros los universitarios conjuremos esa extrema angostura de un mundo progresivamente desalado donde quienes se sienten portadores de valores eternos aparecen como ilusos extravagantes?

Si creyera que no, me dedicaría a lo que suelen dedicarse los escépticos: al optimismo retrospectivo en torno a nuestras gloriosas universidades y al medro personal. Porque creo y espero, pienso que podríamos comenzar modestamente por corregir toda incongruencia entre nuestras palabras y nuestra conducta personal e intransferible, calibrando algo que no solemos calibrar: nuestros pecados de omisión, los más tristes.

Tal vez nos venga entonces el diablo con la monserga del ambiente. Busca truco para impresionar al hombre masa y dejarle arrimado de por vida al muro de las lamentaciones. Pero nosotros ya es hora de que desechemos en cualquier coyuntura temporal las excusas que un día no habrán de valernos ante Dios.